
CANTO TERCERO.

Llega el ejército á Jerusalem.
Erminia, de una alta torre, señala los principales héroes al rey Aladino.
Primeros hilos de episodios amorosos.
Muerte y exequias de Dudon. Disposiciones para el asalto.

I

Despertaba ya el aura mensajera
A anunciar la venida de la Aurora,
Que en tanto su dorada cabellera
Con frescas rosas del Eden decora;
Movia al campo armado la primera
Luz, y se oia voz alta y sonora;
Alegres en las trompas resonaban
Los militares sonos que tocaban.

II

El sabio capitán con blando freno
Los deseos secunda, templa y guía.
Más fácil fuera al mar hacer sereno
Donde á Caribdis bate onda bravía,
O á Bóreas sosegar de furia lleno
Cuando mil leños al naufragio envía.
Su gente ordena, rige, la sujeta
Y la apresura, mas con ley discreta.

III

El corazon, los piés, con alas siente
Cada cual, sin pensar el paso apura,
Y cuando ya á la tierra el sol ardiente
Sus rayos lanza de mayor altura,
Jerusalem parece de repente.
Cada uno á mostrarla se apresura
Y mil voces que en una el aire hieren
"¡Jerusalem!" "¡Jerusalem!" profieren.

IV

Tal compañía audaz de navegantes
Que viajan á buscar playa remota,
La onda falaz, los vientos inconstantes
Prueban del mar en la region ignota;
Si al fin tierra descubren, anhelantes
De sus labios gozoso grito brota;
Muéstranla el uno al otro, y en olvido
Ponen el mal y el riesgo padecido.

V

Al gran placer de la primer mirada,
Natural en sus pechos dulce efecto,
Profunda cóntricion siguió, mezclada
De temeroso reverente afecto.
No osan mirar á la ciudad sagrada
Que albergue fué del Salvador electo,
En que murió, en que tuvo sepultura
Y tomó nueva humana vestidura.

VI

Bajas palabras, voz enternecida,
Roto sollozo ó bien suspiro leve
De gente á un tiempo alegre y compungida
Hacen que al aire un murmurar se eleve,
Cual suele oirse en selva entretejida,
Si el viento las hojosas ramas mueve;
O cual entre las rocas y en la arena
Silba azotado el mar y ronco suena.

VII

Descalzos pisan todos el sendero,
Que de los jefes el ejemplo imitan,
La gorra de oro, el casco y el plumero
Soberbio, de la frente humilde quitan,
Y depuesto el espíritu altanero,
Las lágrimas sus ojos solicitan,
O si el llanto correr tal vez rehusa
De alguno, en alta voz así se acusa:

VIII

¿Qué, Señor, donde un tiempo las corrientes
De tu sangre regaron el desierto,
De llanto al ménos hoy dos vivas fuentes
Por memoria tan triste yo no vierto?
¿Cómo en lloro deshecho no te sientes,
Oh corazon empedernido y yerto?
¿Posible es que aun no te despedaces?
Llorar siempre mereces si hoy no lo haces.

IX

De la ciudad en tanto uno que otea
Desde elevada torre el llano y monte,
Ve á lo léjos el polvo que negrea
Cual gran nube que al cielo se remonte;
Su centro vese arder, relampaguea,
Ya oscurece, ya enciende el horizonte,
Vense al través brillar las armaduras
Y de hombres y caballos las figuras.

X

Exclama aquel: "¡Cuál veo niebla densa
" De polvo, y cuál reluce entre lo oscuro!
" Sús, ciudadanos, sús, á la defensa,
" Armaos presto, coronad el muro:
" El enemigo viene en turba inmensa.
" ¡Arma! Aprestaos al combate duro;
" Ya está sobre nosotros; ved cuál sube
" Al cielo el polvo en ominosa nube."

XI

Tiernos niños y débiles ancianos
Y turba femenil casi infinita
Que á pelear no tienen fuertes manos,
Tristes, orando van á la mezquita;
Otros, de miembros y ánimos lozanos,
Vanse de prisa á armar, todo se agita.
Quién va á las puertas, quién al muro asciende.
El Rey en torno todo ve y atiende.

XII

Sus órdenes ya dadas, se desvia
A una torre que se alza entre dos puertas
De donde á todo acuda; de allí via
La montaña y llanura descubiertas.
Quiere que Erminia le haga compañía,
Princesa que aceptando sus ofertas
A él se acogió cuando á Antioquía tomaron
Los francos y á su padre el Rey mataron.

XIII

Sale á encontrar Clorinda al enemigo;
Muchos con ella, á todos va delante.
Donde oculto á otra parte hay un postigo
A dar auxilio está dispuesto Argante.
Alienta á los que lleva ella consigo
Con la voz y el intrépido semblante.
"Hoy—decía—podrá nuestra pujanza
"Principio dar del Asia á la esperanza."

XIV

En tanto que habla, ve que cerca estaba
Con presas una franca compañía,
Que de guerra al estilo merodeaba
Y con ganado al campo se volvía:
A ellos corre; ya al tiempo que avanzaba
Encuentra al jefe que venir la vía:
Gardo era el nombre dél, varon valiente,
Mas no á lidiar con ella suficiente.

XV

Este al terrible encuentro viene á tierra
A la vista de francos y paganos;
Gritan éstos, y toman de la guerra
Faustos agüeros que salieron vanos;
Ella espolea y con los otros cierra,
Vale su diestra más que otras cien manos;
Síguenla los que manda por la vía
Que con los golpes y la espada abría.

XVI

Al fin la presa su valor rescata:
Poco á poco el cristiano el campo cede,
Y á una colina de acogerse trata
En que mejor defensa hacerse puede.
Entónces, cual turbion que se desata
O fuego á que el relámpago precede,
El buen Tancredo, á quien Gofredo manda,
La lanza enristra y pártete con su banda.

XVII

Tan firme la asta lleva, en tal manera
Va gallardo el mancebo y atrevido,
Que al divisarlo el Rey, juzgó que fuera
Aun entre los mejores distinguido,
Y dice así á su bella compañera,
Cuyo seno palpita conmovido:
"Su trato conocer te hará por cierto
"Cualquier cristiana aun viéndole cubierto.

XVIII

"Dí ¿quién es ese que gallardo viene
"Con tal ansia á la lid y brío tanto?"
Ella, sin voz con que responda, tiene
Suspiros solos y en los ojos llanto;
Mas espíritu y lágrimas contiene
No sin que pueda conocerse un tanto;
Que sus ojos perfila línea roja
Y un ligero suspiro ahogado arroja.

XIX

Luego dice, fingiendo artificiosa
 (Que bajo el odio oculta otro deseo):
 "Bien ¡ay! conozco su figura odiosa
 " Y que entre mil la distinguiera creo:
 " Harto le ví en el campo, á su rabiosa
 " Furia en mi pueblo dar mortal empleo.
 " ¡Cruel! La herida de su diestra dura
 " Arte, yerbas ni hechizo nunca cura.

XX

" El príncipe es Tancredo. Quiera el cielo
 " Mi prisionero hacerlo: no su muerte,
 " Su prision quiero sólo, que consuelo
 " Fuera y desquite de mi triste suerte."
 Calló. El doble sentido tiende un velo
 Que al rey estorba que su mente acierte;
 Un suspiro cortado á su voz sigue
 Que reprimir del todo no consigue.

XXI

Clorinda en tanto, arrójase al asalto
 De Tancredo, enristrando la asta aguda:
 En las viseras dan. Vuelan en alto
 Los troncos. La cabeza ella desnuda
 Queda, que suelto el yelmo dió un gran salto
 Rota la fuerte hebilla que lo anuda;
 El dorado cabello al viento ondea,
 Y aparece una dama en la pelea.

XXII

Brillan los ojos, arde su mirada
 Dulce aún con ira. ¿Qué sería gozosa?
 ¿En qué piensas, Tancredo? ¿De tu amada
 La faz no reconoces amorosa?
 ¿No es la que está en tu corazón grabada?
 A él pregunta, y su voz oye afanosa.
 La misma es que en solitaria fuente
 Refrescar viste la abrasada frente.

XXIII

Él que ántes la cimera y el escudo
 Con cuidado no vió, ya que los mira,
 Cual de mármol inmóvil queda y mudo;
 Cubre ella el rostro, y abrasada en ira
 Le ataca, huyendo él cuanto más pudo;
 Si á otros embiste, de ésta se retira;
 Síguete amenazante y "vuelve" grita
 Y á arrostrar doble muerte así le incita.

XXIV

No devuelve los golpes el cristiano,
 Ni á guardarse del hierro tanto atiende,
 Como á mirar el rostro sobrehumano
 Do Amor el arco inevitable tiende.
 Dice entre sí: "Tal vez el golpe es vano
 " Con que su armada diestra herir pretende,
 " Mas con la faz hermosa descubierta,
 " No yerra: al corazón siempre me acierta."

XXV

Resuelve al fin, aunque piedad no espere,
 Sin hablar, no morir oculto amante:
 Desea que ella sepa que al que hiere
 Esclavo es suyo, inerme y suplicante.
 Dice: "Pues tu odio por contrario quiere
 " A mí solo, aunque tantos ves delante,
 " La batalla dejemos; ven aparte
 " Donde á solas en mí puedas probarte.

XXVI

" Así verás si iguala mi bravura
 " A la tuya." En el reto ella consiente,
 Y como de ir sin yelmo no se cura,
 Marcha arrogante; él sigue tristemente.
 Dispuesta la guerrera á la lid dura,
 Ya está sobre él, ya hiere, mas "detente!"
 Él grita, "nuestros pactos concertemos
 " Antes, con que la lid seguir debemos."

XXVII

Paró ella. Atrevido al doncel hace
 Su grande amor aun de esperanza ajeno.
 " Mi pacto es (sigue) pues lidiar te place,
 " Que el corazon me arranques tú del seno;
 " Mio dejó de ser; si te desplace
 " Que viva, morirá de gozo lleno:
 " Tuyo es há largo tiempo, y ya llevarlo
 " Debes sin que yo piense en estorbarlo.

XXVIII

" No alzo la mano, el pecho te presento
 " Sin defensa. En herir ¿qué te detiene?
 " Del arnés desnudarme soy contento
 " Si así mejor á tu querer conviene."
 Quizá siguiera en mísero lamento
 Desfogando el dolor, mas le contiene
 Tropel de unos y de otros que en refriega
 Adonde estaban repentino llega.

XXIX

Dándoles caza el escuadron cristiano
 Huyen los moros, miedo ó arte fuera;
 De los que los persiguen un villano
 Flotando ve la rubia cabellera:
 Al pasar á la espalda alzó la mano
 Y la desnuda parte recio hiriera;
 Mas dió un grito Tancredo, que repara
 Y acude y con la espada el golpe pára.

XXX

No del todo, que el tierno blanco cuello
 Hirió donde se junta á la cabeza;
 Fué herida leve; el fino áureo cabello
 De rosicler á matizarse empieza,
 Como de oro en joyel vivo destello
 Luce el rubí que esmalta su belleza.
 La espada aprieta el príncipe y con furia
 Sobre el felon corre á vengar la injuria.

XXXI

Éste huye, Tancredo ardiendo en ira
 Le sigue, y van cual flechas por el viento;
 Ella suspensa queda, á los dos mira
 Muy léjos, de seguirlos sin intento,
 Y con los suyos que huyen se retira;
 Tal vez vuelve y combate algun momento;
 Ya huye, ya persigue y da un avance.
 No se sabe si en fuga va ó alcance,

XXXII

Cual bravo toro al que en la plaza acosa
 Una trailla, vuelto la acobarda
 Sólo en mostrar su frente poderosa;
 Mas si á huir torna, no en seguirle tarda....
 El escudo Clorinda cuidadosa
 Alza á su espalda y la cabeza guarda
 Cual los que en juegos moros se retiran
 Cubiertos de las cañas que les tiran.

XXXIII

Unos en fuga y otros persiguiendo,
 El alto muro tienen ya vecino
 Cuando alzan los paganos grito horrendo
 Y atrás tornan con giro repentino.
 Un gran rodeo dan, luego volviendo,
 Hieren flancos y espalda de contino;
 Del monte sale Argante con su gente
 Y al ataque la mueve por el frente.

XXXIV

El feroz circasiano va delante,
 Que herir ántes que nadie se promete,
 Y al que encuentra derriba en el instante
 Revueltos el caballo y el ginete;
 Ántes que su asta en trizas se quebrante
 Mucho derriba y hiere y acomete;
 La espada saca, y donde da derecho,
 Muerte ó herida hay ú hombre maltrecho.

XXXV

Émula dél Clorinda, da la muerte
 Al buen Ardelio, ya de edad madura,
 Pero aun en ella hombre atrevido y fuerte
 Que en dos hijos mancebos se asegura.
 Mas ¡ay! Alcandro, el grande, fué de suerte
 Herido que allí espira el sin ventura,
 Y Poliferno que á su lado queda
 Aun será mucho que salvarse pueda.

XXXVI

Viendo Tancredo que es empresa vana
 A aquel felon seguir más largamente,
 Atrás mira y percibe que lejana
 Demasiado avanzó su brava gente;
 Da de la espuela, la carrera afana,
 La brida vuelta allá derechamente
 Ni él solo es que á su escuadron ayude,
 Mas ve el pendon que á todo riesgo acude.

XXXVII

Que es de Dudon la franca compañía,
 Nervio del campo, de héroes flor y nata.
 Galan Reinaldo á todos precedia:
 No más veloz el rayo se desata.
 El porte y las insignias conocia
 Erminia, en campo azul ave de plata,
 Y dice al Rey que en él la vista tiene:
 "El bravo entre los bravos allí viene.

XXXVIII

"Éste tiene en la lid pocos iguales,
 "Ninguno acaso aun en su edad florida.
 "Si en la Cruzada hubiera otros seis tales,
 "Sierva Soría fuera, ya vencida,
 "Domadas las regiones más australes
 "Y las que ve la Aurora á su salida,
 "Y aun quizá al yugo el Nilo tan lejano
 "El cuello sustraer quisiera en vano.

XXXIX

"Reinaldo es ese, cuya airada diestra
 "Más que ariete á los muros es temible.
 "Ahora mira allí donde se muestra
 "Aquel que el verde y oro hacen visible;
 "Es Dudon, el que guia y amaestra
 "De la aventura el escuadron terrible;
 "Noble, experto guerrero, les excede
 "En edad; en valor á nadie cede.

XL

"Ese alto, de armas negras, es Gernando,
 "Del Rey noruego hermano, que supera
 "En ser soberbio á cuantos tienen mando;
 "Sola cosa que en él se vitupera.
 "Los dos que juntos vienen, ostentando
 "Blanco arnés de la espuela á la cimera,
 "Odoardo y Gildipe son, esposos
 "Por amor, lealtad y armas famosos."

XLI

Así ella hablaba, y léjos ya veian
 Más y más encenderse la pelea,
 Y Reinaldo y Tancredo el cerco abrian
 Que de hombres y armas denso los rodea.
 Luego los bravos que á Dudon seguian
 Llegan donde más recio se guerrea.
 Argante, el mismo Argante, cae de un tajo
 De Reinaldo, y se alza con trabajo.

XLII

Ni se alzara tal vez si en ese instante
 De Reinaldo el caballo no cayera
 Oprimiéndole un pié, y pugnó bastante
 Primero que el estribo desasiera.
 Derrotados van ya los del turbante;
 A la ciudad se acogen de carrera:
 Solo Argante y Clorinda algo detienen
 A los que á todos arrollando vienen.

XLIII

Zagueros van, el impetuoso alcance
 Algo con grande esfuerzo conteniendo;
 Hacen ménos riesgoso el duro trance
 A los que van delante aprisa huyendo.
 Sigue Dudon el victorioso avance;
 Da á Tigranes feroz un golpe horrendo
 Con el caballo, y rueda por su espada
 Dél la cabeza al suelo derribada.

XLIV

Ni á Algazarre le fué fina coraza
 Ni á Corban fuerte yelmo de provecho,
 Que espalda y nuca les hirió de traza
 Que á uno el rostro pasó y al otro el pecho:
 Incansable su acero despedaza
 A Mahomed y Amurat en corto trecho,
 Y á Almanzor. Aun el grande Circasiano
 Bien seguro no va de aquella mano.

XLV

Sin querer se estremece y tal vez mira
 Atrás, se vuelve y pára, y nuevamente
 Aguija. Al fin tan de improviso gira,
 Hiere el flanco á Dudon tan reciamente,
 Que en él hunde el acero. Al punto espira
 A tan horrendo golpe aquel valiente.
 Cayó. Apénas sus ojos ver ya pueden,
 Que á quietud dura y férreo sueño ceden.

XLVI

Tres veces los abrió, la luz del cielo
 Por gozar, en un brazo medio alzado,
 Y tres veces cayó, y oscuro velo
 Cubrió sus ojos que cerró cansado.
 Desligados los miembros, mortal hielo
 Arreció el cuerpo de sudor bañado.
 Sobre el héroe ya muerto el fiero Argante
 No pára un punto; apriesa va delante.

XLVII

Con todo, sin que afloje el paso nada,
 Vuelto á los francos grita: "Oh buena gente,
 " La espada es que veis ensangrentada
 " La que Gofredo ayer me dió en presente;
 " Decidle cómo ha sido por mí usada,
 " Que le será la nueva bien placiente,
 " Holgando de saber que su regalo
 " A prueba puesto, se halla no ser malo.

XLVIII

" Añadid, que aun tendrá más clara prueba
 " Cuando rompiendo sus entrañas éntre;
 " Siquiera á lid conmigo ño se atreva,
 " A buscarle iré yo donde le encuentre."
 Aunque á todos oirle á rabia mueva
 Y el tropel á seguirle se concentre,
 Él con los suyos pronto halló seguro
 Bajo el amparo del amigo muro.

XLIX

De piedras granizada tal disparan
 Los que tras las murallas se defienden,
 Y aljabas mil tal multitud aparan
 De flechas á los que arcos recios tienden,
 Que los francos por fuerza el paso paran
 Y á la entrada á los moros ya no ofenden.
 Reinaldo al fin, que del corcel caido
 Logró el pié desasir, aquí es venido.

L

Anhelando tomar del homicida
 Del ilustre Dudon cruda venganza,
 A los suyos con voz enfurecida
 Grita: "¿Qué calma es esa ó qué tardanza?
 " Mirando á nuestro jefe ya sin vida,
 " ¿Cómo hay quien no á vengarle se abalanza?
 " Cuando en tan grave caso la ira excede,
 " ¿Un frágil muro detenernos puede?"

LI

“ No si de doble hierro ó de diamante
 “ Impenetrable esa muralla fuera,
 “ Detrás de ella seguro el fiero Argante
 “ De vuestras altas fuerzas estuviera.
 “ ¡Sús! al asalto. ¡Sús!” Y va delante
 Así diciendo, en rápida carrera,
 Desafiando con serena frente
 De peñas y saetas un torrente.

LII

Erguida la cabeza, el rostro lleno
 De tan terrible ira y furia tanta,
 Que aun dentro de los muros hiela el seno
 Del enemigo á quien su audacia espanta:
 Anima y amenaza, cuando freno
 A su ímpetu poniendo, se adelanta
 De Godofredo nuncio, el buen Sigero,
 Que su mandato íntimale severo.

LIII

Le reprueba el sobrado atrevimiento,
 Y que atrás vuelva sin tardar dispone.
 “ Tornad, dice, y espere el ardimiento
 “ Que tiempo y ocasion se os proporcione;
 “ Gofredo así lo manda.” En el momento
 Cumple Reinaldo la órden que le impone
 Mal que le pese, y muestre á su despecho
 Más de un signo el coraje de su pecho.

LIV

Atrás la gente vuelve: perseguidos
 De los que guardan la ciudad no fueron.
 A los oficios últimos debidos
 De Dudon á los restos acudieron;
 En los robustos brazos y fornidos
 Respetuosos por honra le pusieron.
 Mira en tanto Bullon de excelsa parte
 De la fuerte ciudad el sitio y arte.

LV

Jerusalem asienta en dos collados
 De altura desiguales, frente á frente,
 Por un estrecho valle separados.
 En tres lados el áspera pendiente
 Dificiles los hace y escarpados;
 El otro la subida bien consiente;
 Mas alto el muro al septentrion defiende
 La parte que hácia allí llana se extiendé.

LVI

Dentro hay lugares que conservan pura
 La agua que llueve, en tanques, pilas, fuentes:
 Fuera, sin hierba la árida llanura
 Manantiales no muestra ni corrientes;
 Flores ni árboles hay, cuya espesura
 Temple los rayos del estío ardientes,
 Sino en cuanto á seis millas se levanta
 Horrenda selva cuya sombra espanta.

LVII

Corre á la parte donde nace el dia
 Del felice Jordan la onda famosa,
 Y donde el sol la última luz envia
 Del mar mediterráneo la arenosa
 Playa; al Norte Betel que adoró impía
 El buey de oro, y Samaria. A la lluviosa
 Region de Austro, Belem, cuyo destino
 Fué cuna dar al Redentor Divino.

LVIII

Miéntas mira Gofredo el sitio y muro
 De la ciudad y el monte y ancho llano,
 Y donde acampe y donde más seguro
 Del éxito atacar pueda el cristiano,
 Ve Erminia de Asia al vencedor futuro
 Y le señala, y dice al Rey pagano:
 “ Gofredo es ese del purpúreo manto
 “ Que de real y augusto tiene tanto.

LIX

“ De nacimiento Rey es verdadero:
De reinar y mandar el arte sabe;
“ Gran capitán, no menos caballero:
“ De uno y otro el valor todo en él cabe;
“ No entre tantos de ser mejor guerrero
“ O más sabio varón hay quien se alabe;
“ Solo en saber Raimundo, en la batalla
“ O Reinaldo ó Tancredo igual se halla.”

LX

Responde el Rey: “Su fama he ya sabido
“ Y en la corte de Francia le ví un día,
“ De Egipto mensajero habiendo sido.
“ En la justa admiré su gallardía,
“ Y aunque de la niñez no bien salido,
“ Su rostro leve bozo aun no tenía,
“ Daba en sus dichos, obras y semblanza
“ Presagio ya de altísima esperanza.

LXI

“ Presagio ¡ay! harto cierto.” Y aquí inclina
Turbado el rostro; alzándole, “á su lado
—Sigue—“hay uno de veste purpurina
“ Que ser pariente dél muy allegado
“ Su grande semejanza determina,
“ Aunque es de cuerpo menos elevado.”
—“ Balduino; que es su hermano, en las facciones
“ Muestra—ella dice—y más en las acciones.

LXII

“ Ahora mira aquel que en semejanza
“ Está de consejero á su otro flanco;
“ Es Raimundo, hombre digno de alabanza
“ Por su prudencia, ya de canas blanco.
“ No hay quien sepa una bélica asechanza
“ Mejor urdir, sea latino ó franco.
“ Aquel del yelmo de oro más lejano
“ Guillermo el hijo es del Rey britano.

LXIII

“ Ve á Güelfo, de sus obras hazañosas
“ Émulo, de alta sangre y gran potencia:
“ Conozco sus espaldas poderosas
“ Y del combado pecho la eminencia;
“ Mas mi grande enemigo en las copiosas
“ Huestes busco con vana diligencia:
“ Bohemundo digo, el bárbaro homicida
“ De mi estirpe real ya destruida.”

LXIV

Luego que en torno suyo cuidadoso
Cuanto alcanza observó, Bullon descende
Y hácia los suyos va. Juzgando ocioso
Atacar donde la agría cuesta pende,
Contra la puerta, al Norte, en espacioso
Llano adonde ella sale el campo tiende,
Y de allí en derechura, hasta la torre
Que llaman angular, sus tiendas corre.

LXV

Cercaría ese campo la tercera
Parte de la ciudad escasamente,
Pues del todo encerrarse no pudiera,
Que su grande extension no lo consiente.
Las partes por do auxilio acaso espera
Recibir, cubre el capitán prudente,
Y los pasos ocupa y avenidas
Propios á las entradas y salidas.

LXVI

Dispone que las tiendas sean cercadas
De hondos fosos y fuertes valladares,
Porque contra salidas amparadas
Queden y contra fuerzas auxiliares.
Cuando mira estas obras acabadas,
Tributar quiere honores militares
A Dudon; donde se halla se dirige
Con triste turba á quien mirarle aflige.

LXVII

Con noble pompa el féretro adornado
 Por sus amigos, ve en lugar sublime:
 Cuando Gofredo entró, más esforzado
 Se oyó el acento en que la turba gime;
 Mas con rostro, aunque triste no turbado,
 Calla Bullon y su dolor reprime;
 Pensativo un instante miró fijo
 Los queridos despojos, y así dijo:

LXVIII

“ No á tí se debe ya dolor ni llanto:
 “ Al mundo muerto, naces para el cielo;
 “ Aquí, donde despojas mortal manto
 “ Huellas gloriosas dejas de tu celo;
 “ En vida paladin cristiano y santo,
 “ Moriste como tal; goza sin velo
 “ De Dios la ansiada vista, feliz alma,
 “ Y obtenga tu virtud corona y palma.

LXIX

“ Vive en eterna dicha; nuestra suerte,
 “ Que no la tuya, al llanto nos prepara,
 “ Pues que al dejarnos tú, tan noble y fuerte,
 “ Parte nuestra contigo se separa:
 “ Si por esta que el vulgo llama muerte,
 “ Tu ayuda en lo mortal nos desampara,
 “ Celeste auxilio allá nos apercibe,
 “ Pues el cielo por suyo te recibe.

LXX

“ Y así como en pró nuestra te miramos
 “ Usar cuando mortal armas mortales,
 “ Todavía emplear verte esperamos,
 “ Alma santa, las armas celestiales.
 “ Aprende con los ruegos que á tí alzamos
 “ A oír y dar socorro á nuestros males;
 “ Sé de victoria nuncio. A tí devotos
 “ El templo nos verá cumplir los votos.”

LXXI

Dijo. La oscura noche habia extinguido
 Las luces todas ya del claro día,
 Y puestos los cuidados en olvido,
 Tregua el dolor, pausa el llorar hacia.
 Mas Gofredo, que el muro ver vencido
 Sin máquinas de guerra no creia,
 De qué las haga piensa, y con qué arte,
 Y de la noche duerme escasa parte.

LXXII

Cuando el sol aparece, está dispuesto
 A la pompa seguir fúnebre y santa.
 De ciprés odorífero compuesto
 Donde el pié de un collado se adelanta
 A la estacada, está el sepulcro puesto;
 Sobre él una alta palma se levanta.
 De los prestes el canto cadencioso
 Se oye pedir de un ánima el reposo.

LXXIII

Aquí y allí en las ramas hay colgadas
 Armas y empresas raras y diversas
 En felices combates conquistadas
 A las gentes de Siria y á los persas.
 Del grueso tronco en medio colocadas
 La celada y coraza brillan tersas
 Y esta letra: “Dudon aquí reposa:
 “ Dése honra á su memoria alta y gloriosa.”

LXXIV

El piadoso Bullon ya concluida
 La santa ceremonia, en el instante
 Sus artífices manda á la tupida
 Selva, y la escolta que juzgó bastante.
 Mostróla entre los valles escondida
 Al campo, de Soría un habitante.
 Allí labrar las máquinas se piensa
 A que no tenga la ciudad defensa.

LXXV

Uno al otro á talar la selva exhorta
Que ántes jamas sintió del hierro ultrajes:
Caen las que segur filosa corta
Palmas erguidas mil, hayas salvajes,
Ciprés fúnebre, encina gruesa y corta,
Del pino, abeto y fresno los ramajes,
El olmo amado á quien la vid se arrima
Y con torcido pié trepa á su cima.

LXXVI

Quién al tejo arremete, quién al roble
Que mil veces sus hojas ha mudado
Y mil veces al rudo choque inmoble,
De los vientos la ira ha desafiado.
Y hay quien sus golpes con furor redoble
Al dulce mirto y cedro perfumado.
Dejan de la hacha al ruido y voces nuevas
Aves y fieras mil nidos y cuevas.

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO:

Conciliábulo infernal.

Los negros espíritus suben de los abismos á turbar la santa empresa.
Belleza, halagos y engaños de la encantadora Armida.

I

Miéntas Gofredo en construir se afana
Las máquinas que en breve usar resuelve,
El enemigo de la especie humana
Los torvos ojos hácia el campo vuelve,
Y al ver adelantar la obra cristiana,
Diabólico furor su alma revuelve;
Sus labios muerde, y como toro herido
La rabia desahoga en un mugido.

II

Luego le ocupa sólo el pensamiento
Cómo á los fieles buscará su ruina,
Y á su pueblo precito en el momento
Reunir (¡concilio horrendo!) determina,
Cual si posible fuera el loco intento
De contrariar la voluntad divina.
¡Necio! que al Rey del cielo igual ser quiere
Y olvida cómo Dios airado hiere.